

rio, firme por los linchamientos de besos, de la justicia sumaria de mis ojos, colgado el corazón con la soga bien sujeta, mientras los caballos mal atados arrastran sus cabestros paciando bajo las umbrías, siguiendo los setos de agracejo y sacudiendo sus crines bicolores. Acaso estoy solo en todo abismo, los esplendores ahora ocultos, por encima del hastío, de las necesidades súbitas de partir en medio de una compañía sonriente, por encima de las perversidades pasajeras y de otras alondras blancas que ya rozaban el suelo en un deseo de lluvia y de presagio donde humeaba toda una nube de sudor. Solo, por las labranzas y las espadas. Solo por los desangramientos y los suspiros. Solo por los pequeños puentes urbanos y los desenlaces de suburbios. Solo por las borrascas, los manojos de violetas, las veladas frustradas. Solo en la punta de mí mismo donde a la luz intermitente de un baile percibido un hombre perdido en un barrio nuevo y desierto de una ciudad en efervescencia, una noche de verano divina, se detiene para unir con el extremo de su bastón de junco los pedazos esparcidos al pie de una pared de una tarjeta postal nostálgica rota con negligencia por una mano desguantada donde junto a los anillos brillaba el mordisco vivo y reciente de un diente que no conoces. Más solo que las piedras, más solo que los mejillones en las tinieblas, más solo que un pirógeno vacío al mediodía sobre una mesa de terraza. Más solo que todo. Más solo que lo que está solo en su abrigo de armiño, que lo que está solo sobre un anillo de cristal, que lo que está solo en el corazón de una ciudad sepultada.

Puedo, pues, proseguir este camino que se interna en la vertiente occidental de la isla y que en seguida lleva al sendero del belvedere de la derecha. Mis pasos son firmes. El propósito que me mueve a

proseguir una exploración, de repente inexplicablemente dificultada, no debe ser el efecto único del azar. Tengo mis razones.

Pues bien, guárdate tus razones.

XV

Me han dicho que el amor es risible. Me han dicho: es fácil, y me han explicado el mecanismo de mi corazón. Al parecer. Me han dicho que no creyera en el milagro, si las mesas giran, es que alguien las empuja con el pie. Finalmente, me han enseñado a un hombre que está enamorado por encargo, realmente enamorado, se deja engañar, enamorado que quiere usted más, ya se sabe lo que es un enamorado desde que el mundo es mundo.

Sin embargo, no os dais cuenta de mi credulidad. Ahora, dispuesto a creerlo todo, las flores podrían salir bajo sus pasos, ella haría de la noche pleno día y todas las fantasmagorías de la embriaguez y la imaginación, de modo que para mí, aquello no tendría nada de extraordinario. Si no aman es que ignoran. Yo he visto salir de la cripta al gran fantasma blanco con la cadena rota. Pero ellos no han percibido lo divino de esta mujer. Les parece natural que ella esté aquí, yendo y viniendo, se han hecho de ella un conocimiento abstracto, un conocimiento ocasional. Lo inexplicable no lo advierten, cierto.

De qué barranco surgió ella, por qué senda, a los pies de árboles resinosos, qué foso de fulgores, qué pista de mica y de menta ha seguido hasta mí. En todas las encrucijadas, entre las mismas perspectivas repetidas de ladrillos y macadán, era preciso

que ella escogiera siempre el pasillo color tormenta para, de sulfuro en sulfuro, abandonando los follajes minerales, albaricoques petrificados bajo las cascadas calcáreas, ríos de murmullos donde sombras movilizadas la llamaban, introducirse finalmente en el desfiladero magnético, entre los resplandores de acero blando, bajo el arco rojo. No me atrevía a verla venir. Estaba clavado, remachado en la abstracta vida diamantina. Había nevado aquel día.

Los hombres viven con los ojos cerrados en medio de precipicios mágicos. Inocentemente, manejan símbolos negros, sus labios ignorantes repiten sin saberlo sortilegios terribles, fórmulas semejantes a revólveres. Es como para estremecerse al ver a una familia burguesa que toma su café con leche por la mañana, sin darse cuenta de lo incognoscible que se transparenta en los cuadrados rojos y blancos del mantel. No hablaré ya del desconsiderado uso de espejos, de signos obscenos dibujados sobre las paredes, de la letra W empleada hoy día sin recelo, de las canciones de café-cantante que uno recuerda sin conocer las palabras, lenguas extranjeras introducidas en la vida corriente sin la menor investigación previa de su demonialidad, vocablos oscuros evocadores tomados por llamadas telefónicas y el alfabeto Morse, cuyo nombre mismo debería ya dar que pensar. Después de esto, ¿cómo se harían los hombres conscientes de los encantamientos? Este paseante con el que tropiezan, ¿no habéis notado nada? Es una estatua de piedra andante, este otro es una jirafa transformada en corredor de apuestas, y aquél, ah, aquél, chitón: es un enamorado. Mirad cómo anda, con todas las piedras de hondas azotando su frente, con todas las hebras de golondrinas en su sombrero, con la brisa de felices valles alrededor del cuello, en la boca el clavel de la mordedura, va

vestido con terciopelo blanco, tan cierto como que estoy en el mundo, y en los viveros suburbanos si se inclina sobre la superficie, los peces se convierten en cuchillos. Hay enamorados en las calles, enamorados verdaderos, como aquellos de los que uno se ríe y llora, como aquellos que uno rechaza y canta, como aquellos de los que un día se hablará mucho, volveos: he aquí los enamorados que pasan. Oh vosotros, que un regimiento y su secuela de chiquillería y de clamores retiene durante un instante en las ventanas, vosotras, pobres ranas, atraídas por algunos trapos multicolores, vosotras que saludáis la bandera tricolor que yo jorobo, el cristo llevado a los moribundos detrás de una campanilla, los muertos, los casados y demás polizontes del espíritu, vosotros que os descubriste ante un hombre cuyo nombre solamente ha sido asociado una vez por la voz al vuestro, dejad de llevar este culto absurdo a todo lo que no sea únicamente el amor. Ya es hora de instaurar la religión del amor. Y cuando en medio de las agitaciones de las ciudades, si vuestro corazón no está ocupado, y vuestro pensamiento se ha abandonado al vaivén de los encuentros, de modo que nada lo posee y no lo devuelve a la divinidad que sólo ella debería llenarlo, en el momento en que vuestras ideas son como luces móviles en la superficie huidiza de las aguas, cuando en la agitación confusa donde se mantienen mil elementos esparcidos venidos de los límites de lo amorfo y del humo, extraviando vuestros pasos en un laberinto de costumbres y adoquines, levantáis una mirada vacía sobre lo que os rodea, y por este camino de sombra llegáis por primera vez a la calle, entonces, reconoced en el anónimo que allá abajo se detiene a un faquir del amor, un hombre que no es como vosotros, libre en lo vulgar de su alma, un hombre en fin que la idea modeló y recreó. Salud,

Legendario, eres una casa encantada y de nada serviría enviar una delegación de sabios con sus pequeños aparatos para observar los extraños fenómenos de los que tú eres la sede martirizada. Pero la medianoche no basta para tus adorables aparecidos: todo el día y el sueño apenas bastan, en tus muros un ruido perpetuo de vestidos arrastrados te inquieta maravillosamente, y a ti te gusta este ruido. ¡Oh!, ¿qué reina tiene, pues, el palacio que adopta tu forma y escuchó antaño una canción maldita y a un caballero negro? Sus brazos, sus bellos brazos blancos estrechan tu memoria. ¿Tu memoria? Que va, es ella misma quien desafía al tiempo y a sus baches, ella vuelve por las grietas de tus venas, sonrío largamente, va a hablar, su aire se ha transformado por algún pensamiento soberano, ella se ha levantado, habla, su seno se agita y yo oigo. Es el ruido de su corazón que esconde todos mis sueños. Heme aquí, amor mío, no te he abandonado.

XVI

El sendero del belvedere está cortado de noche por una reja portátil, fácilmente se la evita pasando por la hierba. Después se bifurca: por un lado, pintoresco a la suiza, pequeño puente y verdor, el otro grandioso, con el acantilado sobre el lago y las fracturas de la montaña, hechas a mano, pero una mano de gigante. Y como un hombre que une las suyas, las manos, los dos caminos se reúnen en un pequeño templo greco-romántico donde columnas Luis XVI sostienen una cúpula del estilo de las de la capilla expiatoria. Un bello efecto de luz, y el abismo, el paisaje a nuestros pies, no deseo

vuestra embriaguez. Volveréis a bajar por un laberinto de peñascos, medio gruta y medio serpiente, muy apropiado para mis divagaciones. Y una sólida reja os detendrá, de pronto, en el camino que hubierais querido tomar. Volved a coger, renegando, la película a la inversa: laberinto, belvedere, los dos senderos hermanos, su padre, y girad a la derecha.

Descendemos por escalones de piedra anchos y lisos e irregularmente cortados, y me vuelven a la memoria mis maneras de niño cuando saltaba por las escaleras, por las calles, un adoquín, no, el otro, no irás más que por las rayas, y mil juegos metafísicos. A la derecha, hermosa estatua, representando a un hombre en el suelo luchando contra un águila: cuál es la moralidad de este grupo, y por qué tomaréis partido, quién tiene razón, quién será el vencedor. Después, he aquí delante de ustedes el gran puente colgante. Está prohibido hacerlo balancear. No se me habría ocurrido faltar a ello.

Oh, puentes colgantes, etc.

A señalar a la derecha un pico debido al ingenio de la casa X.

El lago con claro de luna eléctrico, pintado por Arnold Böcklin, y el tema continúa en el marco que es la Ciudad de París; todo en tres colores. Y tres jóvenes que lo contemplan. Se vende.

Al mejor postor último pujador.

El puente tiembla.

Es de aquel sepia del que se dice en la página 83 de la edición original del *Moine* de Lewis (trad. por el abad Morellet): «Esta inscripción no ha sido colocada aquí más que para adornar la gruta; y los sentimientos y el ermitaño, todo es igualmente imaginario.» Pero ¿de qué inscripción se trata? Me parece, amigo lector, que todo es igualmente imaginario. En efecto. De arriba abajo de la escala social.

El puente tiembla.